

# BIBLIOGRAFIA

*EL HOMBRE PREHISTORICO EN EL PAIS VASCO*, por José Miguel de Barandiarán. Editorial Vasca Ekin, S. R. L. Buenos Aires, 1953.

Este libro, tan largamente esperado, no se presenta como una reedición de "El hombre primitivo en el País Vasco" (Donostia, 1934), cuya disposición, determinada en buena parte por el objeto mismo, conserva en líneas generales.

Si hay mucho del libro antiguo, hay también mucho de nuevo en la obra del señor Barandiarán, lo que justifica el cambio de título. Ha aumentado en primer lugar el material, en gran medida, con hallazgos efectuados sobre todo en el País Vasco francés, debidos muchos de ellos al autor. Y se han modificado también en algunos puntos las conclusiones obtenidas a partir de él. A quien conozca los trabajos del autor no le extrañará que sus conclusiones sean todavía más prudentes —es decir, más precisas— que hace 20 años.

Los restos humanos de Urtiaga, de época aziliense, le permiten afirmar el carácter autóctono del hombre vasco. No deja por el contrario de admitir la posibilidad (pgs. 156-157) de que la lengua vasca, de origen asiático, se introdujera en el país hace unos 4.000 años, traída por un pueblo inmigrante o introducida con otros elementos por un movimiento cultural.

La interpretación de restos materiales prehistóricos por medio de datos etnográficos modernos, tan característica de la antigua obra, se mantiene en la que reseñamos, así como la visión diacrónica, en profundidad, de los hechos culturales sincrónicos de época moderna, que resulta tan sugestiva. Se observa sin embargo una reducción en el espacio dedicado a la vida espiritual del hombre eneolítico, reducción debida solamente a una mayor concreción en las ideas y a una mayor concisión en la exposición.

Es interesante señalar que la analogía de concepción religiosa entre vascos de esta época e indoeuropeos que el autor explicaba antes (pgs. 78 ss.) como aportación indoeuropea no es mencionada ahora. Parece en efecto que, por no ir acompañada de préstamos lingüísticos, es preferible considerarla con J. Caro Baroja ("Los pue-

blos del Norte de la Península Ibérica", Madrid, 1943, pgs. 202-203) como un caso de paralelismo cultural.

Algunos lectores echarán de menos conmigo el capítulo, aunque breve, dedicado a la romanización en la obra antigua. La que reseñamos termina con la Edad del Hierro tratada con poca extensión. Se trata sin duda de una limitación voluntaria del autor que nos muestra la necesidad de una disciplina especial dedicada a estudiar entre nosotros los albores de la historia. Es una verdadera desgracia que la Edad del Hierro y la época romana sean tan poco conocidas, sobre todo en Guipúzcoa.

Completan la obra dos apéndices utilísimos, un catálogo de los yacimientos prehistóricos del País Vasco y otro de monumentos megalíticos. Leyéndolos es difícil que no salte a la vista la gigantesca labor personal realizada por el señor Barandiarán. Labores personales de esta clase han venido supliendo entre nosotros la falta de instituciones de investigación y enseñanza. Y es consolador ver que, después de la desaparición de Azkue y Urquijo, queda aún entre nosotros un hombre de esa rara especie. Sólo podemos desear que, aparte de su trabajo personal para el que no necesita estímulos, pueda desarrollar también una labor formativa a fin de que para los que se han de llamar sus discípulos no sea una figura lejana, conocida por sus libros, sino el maestro por cuyo ejemplo vivo se adquirió el amor y la técnica de la investigación.

L. M.



**VERSUCH EINER CHARAKTERISTIK DES AWARISCHEN, MIT EXKURSIONEN ZUR SPRACHTHEORIE**, por *Ernst Lewy*. Sitzungsberichte der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Klasse für Sprachen, Literatur und Kunst, Jahrgang 1952, N.º 3. Akademie-Verlag, 1953. Un folleto de 28 páginas.

En el pequeño formato que después de la guerra presentan las *Actas* de la Academia de Berlín, el sabio lingüista E. Lewy presenta la descripción de una lengua caucásica, el avárico, hablada, como es sabido, en el Nordeste del Cáucaso, zona quizá la más compleja de todo aquel territorio lingüístico. La descripción de Lewy es una obra maestra aunque requiera un estudio detenido, pues se refiere al tema pensando en un lector iniciado en la lingüística.

El avárico es una lengua que tiene tres clases para el singular,

correspondientes a los tres géneros: masculino, femenino y neutro. El plural forma una especie de clase por sí mismo, ya que no sólo en él no hay géneros correspondientes a los del singular, sino que a él corresponden también en singular ciertos nombres que vendrían a ser nuestros abstractos. Los signos de género se repiten en una especie de concordancia no sólo con el nombre y adjetivo, por ejemplo, sino también en el verbo auxiliar, ciertos adverbios de lugar, etcétera. El verbo es muchas veces perifrástico y funciona, por ejemplo, el verbo ser con transitivos como con intransitivos.

A diferencia de lo que ocurre con el signo de género, el de caso va, como en vascuence, sólo una vez para, por ejemplo, un complejo de demostrativo +adjetivo+ nombre. En el sistema de casos, el vascólogo no hallará nada raro. Como es sabido el avárico comparte con el vasco la particularidad de tener para el sujeto del verbo transitivo un sufijo que viene a ser el de ablativo agente. Esto quiere decir que esta lengua tiene también un verbo pasivo.

El verbo perifrástico con signos de género (los tres y el plural) es muy característico de esta lengua. Son numerosísimas las formas perifrásticas del verbo, pero por otra parte los participios tienen un gran desarrollo y se usan mucho sin verbo auxiliar.

En cuanto a la sintaxis, sobre el rasgo de flexión de grupo a que antes nos hemos referido, hay que tener en cuenta también la coexistencia del rasgo de flexión aislante (*flexionisolierend* en la terminología de Finck seguida por Lewy). Esto hace que tengamos una estructura difícil de caracterizar. La presencia de partículas enclíticas, complica más el cuadro. También señala Lewy los rasgos de lengua subordinante en el avárico.

En estas diferentes orientaciones que, diríamos, coexisten en la lengua avárica, hay algo que apunta seguramente el carácter compuesto que, cada vez más, parece ser el rasgo de muchas lenguas arcaicas.

Al comparar Lewy este contradictorio resultado de su investigación con las descripciones dadas por Finck del georgiano y por Deeters del abkhaz, se plantea el problema de la relación entre los tres grupos caucásicos que podríamos ver representados en estas dos lenguas (respectivamente del Sur y del Noroeste) y el avárico: despreciando el problema genealógico, Lewy afirma el parentesco de los tres grupos sencillamente porque son entre sí más semejantes que con las lenguas vecinas y exteriores al Cáucaso. Y para Lewy es cosa clara que el vascuence entra dentro del grupo caucásico precisamente por la existencia de la flexión de grupos y por la oposición de un verbo transitivo y un verbo intransitivo. Por lo demás

acepta Lewy los trabajos de Bouda y de Deeters (de éste señala un trabajo en la *Deutsche Literaturzeitung* de 1952 p. 210 s. que no he podido ver todavía pero cuyo interés señalo) como una prueba más del parentesco vasco-caucásico.

Con una muestra analizada de esta lengua y unas notas teóricas sobre la terminología de "forma temática" y "variación formal" y algunos otros puntos de los más variados campos lingüísticos, termina esta magistral monografía en la que el lingüista puede aprender mucho.

A. T.



**DICCIONARIO DEL MUNDO CLASICO**, bajo la dirección del Padre Ignacio Errandonea, Br. litt. de Oxford. Editorial Labor. Barcelona-Madrid, 1954. Dos volúmenes.

Los "robots" están produciendo en los dominios de la técnica una revolución cuyos últimos resultados no son todavía previsibles. No parecía, sin embargo, que pudiese interferirse el maquinismo en el campo de la inteligencia y dar ocasión a resultados igualmente sorprendentes; pero lo cierto es que los diccionarios, que de un tiempo a esta parte se van prodigando en múltiples especialidades, vienen a ser, salvadas las distancias, una especie de auténticos "robots" que llegan a brindar insospechados auxilios a los operarios de la inteligencia.

Uno de esos diccionarios "máquina" es el que ha dirigido con maestría un técnico tan bien conceptualizado en los ambientes humanísticos como el P. Ignacio Errandonea, Br. lit. de Oxford. Bueno el sistema y buenos los ejecutores, el resultado ha tenido que ser una obra indispensable en las Universidades, en los Colegios, en las Bibliotecas públicas y hasta en las librerías de los particulares.

La zona abarcada ha sido muy extensa. Porque así como muchas ciencias, entre ellas la filología y la etnología han ensanchado considerablemente el campo de sus experimentaciones, el concepto del humanismo ha desplegado también en abanico su "país", prestándole horizontes no previstos y encuadrando dentro de él cuanto de cerca o de lejos tenga que ver con el hombre, ya que, según la definición clásica, nada humano puede parecer ajeno al hombre.

Así es que Grecia y Roma y aun otras civilizaciones aparecen materialmente volcadas en las páginas de este libro que cuenta en

sus dos volúmenes más de mil setecientas noventa páginas de apretado texto, ahito además de ilustraciones provenientes de las más seguras procedencias. Y se han volcado, no al azar, sino al dictado de una sistematización tan bien concebida, que todo se le da hecho al lector. Para ello ha habido que salvar no pocos obstáculos, sobre todo el de entreverar, por absoluta imposición de la lógica y de la claridad, los enunciados, ya en su grafía originaria, ya en su forma divulgada, según la naturaleza de cada caso.

Un equipo de colaboradores, comandado por el que es un *deus maior* del humanismo, ha podido dar cima a este ambicioso y logrado producto de Editorial LABOR.

Las referencias a reducciones topográficas inscritas en nuestro territorio y a problemas tangentes, tienen cabida frecuente en las páginas de este luminoso Diccionario.

I. A.



*PYRENAEENWOERTER VORROMANISCHEN URSPRUNGS UND DAS VORROMANISCHE SUBSTRAT DER ALPEN*, por *Johannes Hubschmid*. Universidad de Salamanca, 1954. (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, tomo VII, núm. 2).

Cuanto nos interesamos por el estudio de la lengua vasca debemos agradecer al autor esta nueva y valiosa aportación al conocimiento de las relaciones del léxico vasco con voces que, de una época anterior a la extensión del latín, se han conservado en dialectos románicos. Y nuestro agradecimiento se hace extensivo a la Universidad de Salamanca que con tanta frecuencia viene publicando obras del mayor interés para nuestros estudios.

No voy a referirme ahora a las cualidades de información exhaustiva y escrupulosa crítica que avaloran los trabajos del autor. A ellas he aludido más de una vez desde las páginas de esta revista y me bastará decir que esta su última obra está por lo menos a la altura de las anteriores en este sentido. Resumiré diciendo que los datos vascos han recibido muy pocas veces un trato tan cuidadoso y una valoración tan justa de parte de un no especialista *stricta sensu* como los que reciben en otros y particularmente en este trabajo del señor Hubschmid.

Se examinan en la obra por separado los acuerdos y divergencias que en cuanto al léxico de origen prerromano se observan entre

los Alpes y los Pirineos, con distinción del elemento indoeuropeo (principalmente galo) y el preindoeuropeo. Encuentra el autor que la aportación gala (entre la que incluye el tan mencionado *artica*, *artiga*) es considerable en los Pirineos, aunque desde luego menor que en los Alpes (sobre todo en los occidentales), mientras que para el elemento pre-i.-e. la relación es inversa. Dentro de los Pirineos, la importancia de este último va decreciendo de Oeste a Este, relación cuantitativa que, como las anteriores, era de esperar en vista de las circunstancias históricas. Este estudio del vocabulario de los dialectos pirenaicos permite al autor apoyar la teoría, que creemos que a pesar de la crisis del iberismo sigue siendo generalmente aceptada, de que en la época de la romanización se hablaba una lengua de carácter no i.-e. en las zonas de habla actualmente aragonesa y gascona y quizá también en una parte de Cataluña.

No vamos a insistir sobre las dificultades que ofrece la utilización de una parte del léxico vasco en trabajos comparativos de esta índole, es decir sobre la frecuente ausencia de criterios objetivos que permitan decidir en qué dirección se han efectuado los préstamos entre el vasco y dialectos románicos próximos o bien si no hay más que conservación de una herencia común. No es tampoco necesario, pues el autor nunca se olvida del problema. Pero, como en un terreno tan delicado como éste difícilmente puede ser perjudicial la aportación de datos, me permito hacer algunas observaciones sobre las palabras vascas estudiadas por el autor, aun a riesgo de pecar por exceso de meticulosidad.

La hipótesis de A. Castro (*RFE* XX, 60-61) que ve en vasco *txabola* un continuador del cast. ant. *javola*, tomado a su vez del francés, y en *etxola*, *itxola* una refundición del primero basada en *etxe*, *itxe* "casa", me parece, si no absolutamente segura, por lo menos digna de la más atenta consideración.

No sé si con prov. *louino* "terrain humide et marécageux, marais", etc. (p. 27, núm. 22) no se podría comparar vasco *lo(h)i*, *logi* "sucio, lodo, pantano", con algún derivado en este último sentido, como ya hizo G. Bähr refiriéndose a *Lougeon hélos*, etc. (*Baskisch und Iberisch*, 26). Aunque yo personalmente creo (y quizá, por razones teóricas o prácticas, soy solo en creerlo) que la mecánica elemental del método comparativo exige la admisión de dos fonemas distintos, que podemos representar por *g* y *h*, en posición intervocálica para el vasco común: el primero cuando el reflejo en todos los dialectos es *g* que puede perderse, y el segundo cuando en los septentrionales hay *h* y en los meridionales cero o *g*. Así, por ejemplo, en *egun* "día" y *e(h)un*, *egun* "cien", *begi* "ojo" y *be(h)i* "vaca",

ogi "pan" y o(h)i "acostumbrado", ago "estás, estate" y a(h)o, ago "boca", etc. Pero, aun admitiendo esto, no parece que \*h, una consonante posterior probablemente sonora, estuviera muy lejos de g.

Junto a guip. *arralasta* (p. 23, núm. 28), que parece habrá que explicar a partir de \**arri-lasta* por asimilación, hay también, según Azkue, vizc. *arlasta* "losa naturalmente formada, bloque delgado de piedra", donde (h)*arri* tiene la forma normal de composición: cf. (h)*arlauza* "losa (de piedra)".

En cuanto a vasc. *zot(h)al*, *zotarro*, *zotaska*, *zotazal*, etc., ya advertía Azkue (*Dicc.*, s. v. *zot-*) que se trata de compuestos de *zo(h)i*, *zogi* "tepe". El mismo radical aparece por ejemplo en *zoterdi*, *zoton-doko*, y, ensordeciendo la oclusiva siguiente, en *zokain*, *zokor*, *zoparren*, *zoperri*, etc. Cualquiera que sea la manera de entender este fenómeno que fué normal en cierta época (adición de *t* o ensordecimiento de la antigua consonante al quedar en posición final de sílaba), puede afirmarse con seguridad que *zot-* es una forma no autónoma y no sé si esto permitirá mantener el paralelo con landés *chot(i)*, etc. Quedaría por aclarar el último elemento de *zot(h)al*, para lo cual podría servirnos (h)*utsal* "vano", derivado de (h)*uts* (el único aceptable entre los citados por Azkue) y acaso también *argal* "débil, claro, ralo, transparente", si como es posible procede de *argi* "luz, claro". En (h)*egal* "ala" junto a *ego*, *egatu*, etc. (Uhlenbeck, *RIEV* III, 400), el sufijo podría ser *-al* o *-l*.

Prescindiendo de *lastro* "paja" que al parecer no cuenta a su favor con otra autoridad que la de Harriet, no me parece que *ostro* "hoja" junto a *osto* (p. 37, núm. 35) sea un buen ejemplo de *r* epentética. *orsto* aparece por lo menos en Oihenart y en el *Onsa hilceco bidia* y por lo tanto está bien atestiguado para el suletino antiguo, y (h)*osto* se explica perfectamente con Uhlenbeck (*E.-J.* I, 563) como un derivado de (h)*orri*, \*(h)*orr(i)-sto*. Es decir que se trata de metátesis, no de epéntesis, de *r* como en *orzpina* (Sauguis) "rayo", derivado de *orzi*, que tiene las variantes *ozpin* y *ozprin*.

Ronc. *garilar* "arvejana" (p. 43, núm. 40), acaso proceda de *gari-*.

También existe *zaparrada* "chaparrón", precisamente con ese sufijo, en vascuence, no sólo en Vizcaya como dice Azkue, sino también por lo menos en toda Guipúzcoa.

No encuentro a mano ningún texto en que se exprese esa opinión, pero tengo la impresión de que entre nosotros es corriente la idea de que *txar* "pequeño, menudo, defectuoso, malo", sul. *izar* (p. 45, número 44) y el mismo sufijo aumentativo-despectivo *-tzar* no son más que variantes de *za(h)ar*, *zagar* "viejo", originadas por pérdida de autonomía sintáctica y acentual. Azkue (s. v. *txar*) hace una afir-

mación sumamente interesante que será exacta en líneas generales, pero convendría comprobar en detalle: "En libros de alguna antigüedad no se registra esa palabra; en su lugar se usa, aun refiriéndose a cosas, las palabras *gaizto* y *gaitz*."

Ya señaló J. Caro Baroja (*Los pueblos del Norte de la Península Ibérica, Madrid, 1943, p. 116*) que del préstamo vasco. *golde* "arado" no se puede inferir con Rohlf's que el instrumento no haya sido conocido entre nosotros hasta época romana, pues se ha encontrado una reja de arado en Echauri, de fecha indiscutiblemente anterior, en territorio en que se hablaba mucho vascuence hasta fines del siglo pasado.

La palabra *gamo*, citada por Chaho, es con seguridad un préstamo, mejor dicho, una palabra que nunca se introdujo lo suficiente en el léxico vasco para llegar a serlo. A Chaho, por ser suletino, no se le ocurrió probablemente que era palabra española.

Parece que a vizc. *labar* borde de precipicio, tierra costanera" se le podría unir sin mayor dificultad vizc. *alagar* "declive" y "altura, eminencia", para el cual Bouda propuso correspondencia caucásica (*E.-J. III, 122, núm. 74*).

A.-nav. *basdaska* (p. 58, núm. 61) parece efectivamente una errata por *bardaska*, aunque creo que Azkue consultó directamente el ms. de Araquistain.

El análisis de ronc. *abarzama* y *abarraxe* (p. 60, núm. 61 c) no es correcto: los segundos elementos son *zama* "carga" y *axe* (sul. *háxe*) "haz".

A la serie de ronc. *xarga*, etc. (p. 62-63, núm. 62) podría añadirse sin mucha dificultad vizc. *zarbasta* "ramillas" (y *zarbatsu* "frondoso"). No faltan en efecto casos de alternancia *b/g* y la cualidad de las silbantes vizcaínas en las voces recogidas en época moderna se ha determinado en general arbitrariamente o, lo que es lo mismo, basándose en razonamientos etimológicos muy discutibles. Pero creo en cambio que hay que separar del grupo la voz navarra *zaro* o *xaro* "percha, vara, mayal", pues a su lado existe la forma *zaharo*, *xaharo*, e incluso el ronc. *zauze* "vara" (Vid. *zaurio*) que parece una variante. A mi entender, se puede demostrar, sin más que atender a las pruebas documentales que abundan, que formas como *za(h)ar* son más antiguas que las de tipo *zar* y que en tiempos no demasiado lejanos eran generales en toda la zona de habla vasca. Si antes todavía el vasco se puso a desdoblarse vocales en condiciones que nadie precisa, no es imposible pero, a lo que se me alcanza, el mayor apoyo que encuentra esta idea está en las facilidades que ofrece para combinaciones etimológicas. Y es de justicia hacer constar que



esta observación, de carácter general, en nada afecta a las aproximaciones propuestas por el señor Hubschmid.

Quizá no esté de más indicar, aunque las observaciones del autor sobre el cambio  $r' > rd$  tienen una significación más amplia, que el simple examen del material vasco, incluyendo los préstamos latinos más antiguos, no ofrece pruebas de ello: etimologías como la de *ardura* "cuidado" <esp. *hartura*, ofrecida por H. Gavel (*Grammaire basque*, I, 192-193, núm. 1) no son convincentes. En este caso la suposición además es perfectamente innecesaria, puesto que en ant. cast. existía *ardura* "desazón, angustia, apuro", abundantemente atestiguado, que explica perfectamente la palabra vasca. El vasco ha mantenido la oposición ocl. sorda / sonora detrás de *r* (tipo *urde / urte*), así como la de silbante africada / fricativa (cf. los representantes de *zortzi* y de *urzo* en los distintos dialectos) mientras que tendía a neutralizar ambas detrás de *n* y *l*.

Termino con unas consideraciones acerca de la comparación a que somete el autor al final del libro la evolución fonética vasca y la de dialectos románicos vecinos. A mi entender, alavés y navarro son términos muy cómodos, que soy el primero en usar, para indicar palabras románicas o no en uso actualmente o usadas en otro tiempo en tierras de Alava y de Navarra. Pero no creo que esto debiera llevarnos a dar al alavés y al navarro una personalidad lingüística mayor de la que les corresponde. El contenido de los vocabularios de Baraibar e Iribarren, por ejemplo, puede distribuirse, salvo casos difíciles, en tres grupos: 1) palabras del español común, más o menos vulgares o regionales, pero conocidas fuera de Alava y de Navarra (este grupo será probablemente más numeroso en Iribarren que en Baraibar), 2) palabras románicas que se han conservado *in situ* y son testigos de un estado lingüístico anterior, y 3) palabras vascas empleadas en romance donde el vascuence se ha perdido o donde todavía se conserva. Es evidente que estas últimas sólo dan fe de una evolución fonética vasca (si se quiere, vasca de Alava o vasca de Navarra) y no otra cosa: en alav. *abi* "arándano" o nav. *ciape* "mostaza" hay pérdida de *n* intervocálica, pero es un fenómeno vasco, no del romance alavés o navarro. En cuanto a la variedad a que siempre se ha reconocido mayor personalidad, el ant. navarro no es otra cosa que lo que se suele llamar navarro-aragonés o aragonés a secas: la lengua que se hablaba en parte de Navarra y que se escribió en toda ella, como en Guipúzcoa y en Vizcaya se empleaba el castellano en todos los documentos. Sería difícil, según creo, mostrar en la evolución de los sonidos algo que caracterice claramente al navarro frente al aragonés: no sé si los que F. Indurain señala ("Con-

tribución al estudio del dialecto navarro-aragonés antiguo", Zaragoza, 1945) van más allá de lo puramente gráfico. En particular en lo referente a la *f*- el navarro parece haber sido tan conservador como el aragonés, como lo acredita la toponimia junto con los demás testimonios. No debemos olvidar en relación con esto que parece haber sido en Navarra donde más antiguamente se ha perdido el fonema vasco *h*.

Expresamos para terminar nuestro sincero deseo de que la aparición de "Hispano-Baskisches", que el autor nos anuncia para un plazo muy breve, no sufra el menor retraso.

L. M.



*LES NOMS POPULAIRES DES PLANTES DANS LES PYRENEES, CENTRALES*, por J. Séguy. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Estudios Pirenaicos. Barcelona, 1953.

Es este uno de los casos afortunados y no demasiado numerosos en que puede señalarse sin limitaciones el valor excepcional de una obra. Este extenso libro del profesor Séguy es un excelente ejemplo de lo que en general puede esperarse de conocimientos botánicos y lingüísticos unidos a la afición por la montaña. Y su lectura nos muestra también claramente las cualidades personales poco comunes del autor: una atención inflexible al elemento real y concreto de la investigación y un afán completamente cartesiano por lograr la mayor claridad de los conceptos y su valoración más exacta. A la lucidez de las ideas se añade además, por una combinación feliz, la brillantez formal de la exposición, poco frecuente realmente en esta clase de trabajos.

Este libro, debido precisamente a un discípulo de M. Henri Gavel, podría servir de modelo entre nosotros a alguno que, iniciado en las Ciencias Naturales y dado al montañismo, intentara usar en el mismo sentido su conocimiento de la lengua vasca, aunque fuera en trabajos de menor empeño. No creo que falte entre nosotros esta conjunción de inclinación y aptitudes: quizá en algún caso no falte más que el impulso que mueva a aplicar las posibilidades de una persona o de un grupo a un objetivo determinado. Si alguien se siente llamado por ese camino, no hallará mejor guía —pues los mejores son aquellos que más difícilmente pueden ser seguidos— que la obra que ahora reseñamos. No debemos tampoco olvidar —véase

por ejemplo el capítulo "Décadence de l'imagination populaire"— que este terreno ofrece buenas posibilidades para observaciones etnográficas del mayor interés.

El libro no es menos útil para quienes, más atentos al significado que al significado, vivimos en el mundo de las palabras, más o menos apartados del mundo de los objetos. Lo que el autor nos enseña, con abundantísima documentación, sobre la inestabilidad de los nombres de plantas, la frecuencia de cruces y denominaciones improvisadas, incluso sobre sus inesperadas cualidades viajeras, será el mejor freno para consideraciones combinatorias atendidas preferentemente a la forma de la palabra y nos permitirá comprender mejor la enmarañada complejidad de variantes en algunos nombres de plantas.

La obra que nos ocupa trata además de algunas cuestiones directamente relacionadas con la lengua vasca al referirse a los residuos prelatinos que pueden quedar en el vocabulario botánico del Pirineo central. El autor se muestra más bien escéptico en cuanto a los resultados de la comparación de esas voces residuales con palabras vascas. Incluso, aunque el escepticismo en esos problemas me parece en general saludable y siempre menos dañoso que la falta de crítica, me atrevería a decir que se muestra demasiado escéptico. A ningún investigador que merezca el nombre de tal se le ocultará la posibilidad de que determinadas palabras, comunes al léxico vasco y al de lenguas vecinas, hayan sido tomadas por la primera de estas últimas en fecha más o menos reciente. Pero ésta no es una cuestión legal en la que los defensores de la antigüedad del término vasco en la lengua estén obligados a demostrar, más allá de toda duda posible, que la voz de que se trate no es un préstamo. Hay las dos posibilidades, sin contar una tercera acaso menos probable: que los vascos hayan adoptado una palabra extraña, y que el término en cuestión haya venido usándose en zona románica y zona vasca sin interrupción desde un pasado muy remoto. Y muchas veces, si no es posible descartar en absoluto la primera posibilidad, tampoco puede descartarse la segunda. En la duda, mientras no se descubran o se reconozcan criterios objetivos que permitan la discriminación, no se ve muy bien por qué el crítico imparcial debe inclinarse por la primera posibilidad más bien que por la segunda. El profesor Séguy tiene la convicción, acaso completamente correcta, de que el primer caso es muchísimo más frecuente que el segundo, pero no puede esperar que su impresión personal sea generalmente aceptada mientras se limite a moverse en el campo de las puras posibilidades.

No entiendo muy bien lo que quiere decir el autor en la página

208: "Tout cela provient du préjugé gratuit selon lequel les Basques —ou tout au moins leur langue— auraient à date ancienne occupé toute l'Aquitaine...". Por mi parte pienso, y creo que no es ni mucho menos una opinión original o solitaria, que el testimonio de las inscripciones de época romana demuestra que en parte de la Aquitania, fuera del área de habla vasca actual, se hablaba una lengua o dialectos estrechamente emparentados con la lengua vasca histórica. Una prueba análoga falta o falta en el mismo grado, sea dicho de paso, en territorio hispánico para la misma época. Esto me parece a mí suficiente para establecer una comunidad lingüística no demasiado alejada en el tiempo, sin que tengamos que entrar en el estudio de hechos medievales más controvertidos.

El juicio que el autor emite sobre algunas palabras vascas no es tampoco el único posible, ni siquiera a mi entender el más objetivo. Así cuando en las páginas 210-211 nos dice: "Le basque, *abi*, *anabi* (aire très restreinte en Espagne), à tout l'air d'un emprunt..." Una vez más no negaré la posibilidad, pero me agradaría que el autor expusiera cuáles son los rasgos definibles que lo señalan como un préstamo, porque la simple impresión, como hecho subjetivo, nunca ha constituido una prueba; yo puedo sentir otra cosa, y otro otra, y así *ad infinitum*. Ahora bien, *abi*, *arabi* "arándano" (*anabi* es una de las erratas que por las condiciones en que tuvo que hacerse la corrección de pruebas no son escasas en el libro) es conocido, según Azkue (única fuente de que dispongo para la distribución geográfica de las voces vascas), en alto-navarro, guipuzcoano, roncalés y vizcaíno. Añadamos a esto que está documentado en Alava (Peñacerrada y Salvatierra) y tendremos que decir que, lejos de tener un área restringida, se extiende *prácticamente a la totalidad* del País Vasco español. Por otra parte, estas variantes unidas al sul. *âhâbe* nos darían la presunción, convertida en seguridad por el riojano *anavia*, de que el prototipo vasco es \**anabi(a)*. Dicho en otras palabras, el término vasco, si es un préstamo, es suficientemente antiguo para ser conocido casi en la totalidad de la zona actual de habla vasca y para haber perdido, junto con otras, su nasal intervocálica. Teniendo en cuenta además que la extensión atestiguada del término riojano no se aumenta por titularlo "español" y que una asimilación de *anabi-* en *ababi-* o una disimilación de *ababi-* en *anabi-* no parece que haga necesaria la intervención de poderosas fuerzas externas, me inclino a pensar que la explicación propuesta por Séguy no es la más sencilla como tampoco lo es la que Meyer-Lübke propone, siguiendo a Schuchardt, en su *REW*.

Con respecto a *vasc. gapar, kapar* "zarza, cambrón" (p. 213), no creo tampoco que los razonamientos del autor sean concluyentes.

*kapar* es no sólo sul., según Azkue, como *gapar* b.-nav., sino que es además vizc. de Oñate. Su limitada extensión actual no es argumento concluyente para inferir una introducción reciente: sobran ejemplos de voces muy extendidas en un tiempo que hoy viven en zonas marginales o de difícil acceso. Por otra parte, la alternancia *g-*/*k-* no demuestra nada, pues existe también en términos no sospechosos hasta ahora de origen románico (*gibel*/*kibel*, *geriza*/*keriza* "sombra, abrigo", etc.). La teoría del señor Gavel sobre la sonorización de las sordas iniciales no puede manejarse sin más como un ariete en casos como este. En realidad, a mi entender, necesita de algunas modificaciones, para las cuales resulta sumamente provechosa la noción fonológica de neutralización. El vasco tendía a neutralizar la oposición *sorda*/*sonora* en las oclusivas iniciales y esta tendencia fué perturbada, antes o después de haberse realizado completamente, por la influencia de sistemas vecinos, y el resultado es que la distribución de variantes con sorda y sonora depende en muchos dialectos, y entre ellos el suletino, de la proximidad de otros fonemas en el decurso, al menos en cierto grado. Y hay que aceptar también la conclusión de que a base exclusivamente de las formas vascas no podemos ir más allá que a *restituir*, en los casos favorables, el punto de articulación de una oclusiva inicial, pero no su cualidad.

Es también extraño que se diga que vasco. *askar*, *azkar* "arce" puede ser un préstamo porque Colmeiro cita *azkarro* (p. 313). Que "puede", nadie lo va a negar, pero nos hace falta algo más positivo: saber dónde se usa o usaba *azkarro* según Colmeiro. Señalaré, para unir a la familia, que, según T. de Aranzadi (*RIEV* VII, 587), Máximo Laguna dice en su Flora forestal que el *Acer pseudo-platanus* es llamado *escarrío* en la sierra de Besantes, "que supongo será el estrecho de Besantes junto a Sobrón, en el confin de Alava y Burgos."

La afirmación de la pág. 197 ("...l'existence d'un suff. basque -arra est des plus problématiques: il s'agit très probablement du lat. -are, avec rr analogique...") excede, a mi entender, de todo lo que en materia de escepticismo pueda permitirse. La existencia de un suf. vasco -(a)r, precisamente en esa forma, es incuestionable, aunque no sea ya productivo, y así lo demuestran *ondo*/*ondar*, *olde*/*oldar*, *zango*/*zangar*, *sama*/*samar*, *kasko*/*kaskar*, *me(h)e*/*me(h)ar*, etc. Por otra parte, la explicación propuesta es totalmente inaceptable. Es cierto que en final de palabra se ha neutralizado la oposición *r*/*rr*, al menos en buena parte, y que el vasco tiende a considerar el fonema fuerte como realización normal en esa posición, y así lo afirmaba ya Pedro de Madariaga en el siglo XVI, pero no es menos cierto que en préstamos antiguos se conserva generalmen-

te la *-e* latina, como puede verse en el suf. *-tore*, común a todas las variedades de la lengua.

Con todos los respetos debidos a los grandes servicios prestados a la dialectología catalana por Mons. Griera, se me permitirá decir que no le considero autoridad imparcial y generalmente aceptada para decidir la cuantía del elemento extraño en el léxico vasco (p. 207).

El autor sostiene (p. 369) que "les bases primitives ont dû être fort peu nombreuses, et les récentes acquisitions de la toponymie ne font que confirmer cette constatation." Se me ocurre pensar, aunque me salga de mi terreno, si en este caso como en otros el tamaño de la pesca no nos informará más bien, como en el apólogo de Eddington, sobre la malla de las redes usadas que sobre las dimensiones de los peces del lago.

Subrayo el acierto —acierto conceptual— de la creación del término *mnemoptisico* para designar formas de las palabras debidas a faltas de memoria en el informador. Es un hecho tan frecuente y tan importante que exigía una denominación.

Las observaciones críticas que anteceden, aun cuando fueran completamente fundadas, en bien poco amenguarían, no necesito insistir sobre ello, el valor y la utilidad de este magnífico libro.

L. M.

